

Fiesta

Cada cierto tiempo, el pueblo anda de fiesta. Pero no fiesta como los XV años o los bautizos. Se parece más a cuando ponen la feria por el cumpleaños de algún santito. Esta fiesta dura varios días, se ponen todos a dar brincos y maromas con sus disfraces de colores, cerrando las calles y llenando las plazas para gritarle a los despistados que voten por este y aquel para el distrito tal. Es una mezcla de sentimientos rarísima la que se traen esas gentes. Todo el mendigo año andan frustrados por los problemas del pueblo; que si la coladera, que si la calle toda desecha, que si ya se apareció otro muertito. Pero llega la temporada de elecciones y se alegran tanto de las desgracias que las andan gritando a los cuatro vientos. A lo mejor las gritan para que se acaben, así como le gritan a los fantasmas y a las brujas una harta de maldiciones disque para que ya no anden asustando. A mi se me hace que a los problemas les gusta que les griten porque resulta que siempre regresan.

Y como toda fiesta, van dejando a su paso pura cochinada. Papeles, pancartas, banderas, y una de cosas inservibles que uno nomás ve un ratito y luego tira por ahí. Bueno, a lo mejor ni tan inservibles, de repente si saco alguna playera para irme a dormir o alguna lona para hacerle casa al perro. Y mira que eso de las lonas si es muy peleado. Apenas ponen una con la cara de fulanito, y ya vez a las gentes todas furiosas quitándolo y reclamando que ese no, que el otro es el bueno. Total que medio pueblo se termina peleando por ver a que mengano o que partido le dan atención, que si la izquierda o la derecha. Ya ni cuando juegan las Chivas en el clásico. Y no digo que este mal, uno siempre sabe si es rayado o águila de corazón y no anda obligando a otros a cambiarse de afición. Pero a diferencia de un juego de fucho, todos esperamos buenas respuestas del candidato ganador.

Lo bueno es cuando el mero mero, el gallo, la esperanza del pueblo anda caminando entre esas gentes. Entonces todos se ponen de lo más felices. Algún muchacho te pregunta que si quieres conocer al candidato, que le cuentes tus problemas y que ahora que gane se van a resolver. Los candidatos se convierten en los más atentos y preocupados por la situación de uno. Y es que esos días es

inevitable no llenarte de un poquito, un chorrito de esperanza. Todos los candidatos pasan por tu casa, te invitan al centro del pueblo porque van a llevar a algún artista para pasar el rato. Ya en el cierre de campaña te hacen invitado especial y rentan algún lugarcito para celebrar el posible, no, el próximo gran triunfo del partido. Las familias se entusiasman porque la sobrina, el primo o la cuñada anda metida en el partido, y si ganan segurito que ahora si reparan su calle, ponen aquel parque o ya por lo menos están en la nómina. Ya si no ganan pues a esperar las próximas elecciones.

Que bonita es esta fiesta, se celebra a muchos, aunque no todos le van a morder al pastel. Ya cuando salen los ganadores, pues se pone más bonito, porque salen a decir que ahora si se va a ver el cambio, que ganó todo el pueblo. Pero ya luego no visitan tu casa, tampoco tu calle, ya no los ves en medio de las gentes como si fueran hermanos, amigos de toda la vida. Parecen desaparecer, terminas viéndolos nomás de vez en cuando, de lejitos en alguna nota de la tele o en algún periódico. Se vuelven celebridades intocables e inaccesibles, cuando apenas unos meses atrás te estrechaban la mano y te prometían hartas cosas. Pasa el tiempo y la calle ya hasta tiene más hoyos, aparecen otros muertitos y la cosa pareciera no haber cambiado de cuando uno era chamaco a ahora que ya estamos más allá que acá. Tal vez nos entenderíamos mejor si de vez en cuando volvieran a pasar por las calles y por las casas como cuando visitas a un amigo. Que todas las gentes tuviesen un momento para platicarle de nuevo como van las cosas ahora que esta al mando. Yo no sé como se enteran esos señores de mis problemas, si ya nunca regresan a preguntarme. ¿Qué no se supone que hablan y actúan por y para el pueblo? No entiendo como le hacen entonces si ya nunca nos vemos de frente. A lo mejor si los políticos no fueran celebridades de un día para el otro, sería más sencillo hablar con ellos. Digo, a Memo Ochoa no le puedo ir a decir que no me defraude el próximo domingo.